

¡Oh, mamá de Wendy, qué angustia si me despertara y me encontrara con una enorme barba!

—Peter —dijo Wendy, que siempre trataba de consolar—, incluso con barba me gustarías.

•Y la señora Darling abrió los brazos a Peter, pero él la rechazó.

—¡Atrás, señora! A mí nadie me atraparé para hacer de mí un hombre».

En realidad, el horror de Peter parece justificado. El personaje que le han ofrecido como modelo, el único que parece se hallaba en el horizonte intelectual de sir James M. Barrie, no es ciertamente de lo más atractivo. Pero no hay duda que el astuto apologeta de la infancia feliz nos ofrece una disyuntiva apabulladora: o negarse a crecer o convertirse en un eficaz y serio dirigente de la sociedad burguesa. Así es que Peter, una vez más, se salva de la tentación de crecer, huye a su mundo intemporal y cuando vuelve se encuentra que Wendy es ya una mujer, y además casada y con una hija. Peter se lleva tal susto que casi pierde su condición de niño eterno, ya que, según Barrie nos ha explicado, los niños son alegres, inocentes e insensibles, por lo cual no pueden conocer el sufrimiento. Pero Peter pierde por un momento su invulnerabilidad:

«Luego encendió la lámpara y Peter la vio. El niño exhaló un grito de dolor, y cuando la dama alta y bonita se inclinó para tomarlo en brazos, retrocedió vivamente.

—¿Qué te pasa? —exclamó de nuevo.

«Ella tuvo que explicárselo.

—Ya soy mayor, Peter. Tengo más de veinte años; ya hace mucho que crecí.

—¡Me prometiste que no crecerías!

—No lo pude evitar. Estoy casada, Peter.

—¡No, no es verdad!

—Sí, y la niña que hay en la camita es mi hija.

—¡No, no puede ser!

«Pero después pensó que sí lo era, y levantó el puñal y dio un paso hacia la niña dormida».

No la mató, claro está; se quedó llorando, y la pobre Wendy, avergonzada de su condición de persona mayor, se fue de la habitación. Allí quedó Peter, y reanudó la amistad con la hija de Wendy, y más tarde con la hija de la hija, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos. Porque, como nos susurra con su cómoda moraleja sir James M. Barrie, la sociedad de los mayores será siempre injusta, siempre llena de frustraciones, siempre coercitiva, y el único modo que tenemos de evadirnos de ella es instalándonos en el mundo ficticio de una infancia imaginada, llena de unos niños que supondremos felices porque son **alegres, inocentes y un poco egoístas.**

No hay que olvidar que en esta Tierra-de-Ninguna-Parte, en donde se refugian adolescentes y mayores para exiliarse de la vida, los niños representan los papeles que en la sociedad normal asumen los adultos. Wendy es la enamorada, pero también es la madrecita de Peter, una madrecita que remeda, como en los juegos infantiles, las funciones genuinas: cose los desgarrones, cura las heridas, consuela en caso de llanto. Es la madre niña, col-

mo de la comodidad en la mente de sir James M. Barrie, es decir, una madre que no ha pasado por la turbia circunstancia de ser mujer. Esta infancia inventada, este niño-niña robot, que sirve como refugio de emergencia, nada tiene que ver con los niños reales, y menos con la multitud de niños que viven en la calle, fuera del ámbito de la niñez burguesa. La creación de un mundo infantil, absurdo, ilógico, invulnerable, aleja la realidad angustiada, el **nonsense** opera como venganza contra la supuesta coherencia de la realidad cotidiana y permite olvidar lo que es capaz de hacer con los niños la orgullosa civilización industrial. Florence Becker Lennon, al comentar la obsesiva atracción que Lewis Carrol (el autor de **Alicia en tierra de maravillas**) sentía hacia las niñas, destaca la actitud humana de su autor, quien declara de sí mismo que era en primer lugar inglés y después un conservador, y nos recuerda lo que sucedía en el mundo real de la infancia, mientras el poeta del absurdo perseguía el fantasma de la niña-amada:

«El año de la aparición de Alicia... (1865), el Parlamento nombró una comisión para investigar sobre el empleo de los niños y de los jóvenes en las empresas comerciales e industriales aún no regidas por la ley. La comisión constató que muchos niños trabajaban desde el amanecer hasta una hora avanzada de la noche en talleres de alfarería, en fábricas de cerillas, etcétera. De la mañana a la noche, un ejército de niñas hacía puntillas en estancias sin aire, heladas en invierno, sofocantes en verano». Y concluye: «Quizá para él era demasiado horrible plantearse estas cosas. Contra los males de esta clase y contra otros frente a los que no veía remedio, se arropó con el abrigo del **nonsense**».

También a Lewis Carrol, como a Peter Pan, las niñas le traicionaban, convirtiéndose en mujeres, y en alguna ocasión daba de bruces contra el mundo real, bien a pesar suyo. Cuenta uno de sus biógrafos que en una ocasión se dirigía a una casa en donde le esperaba una fiesta de niños. Encontró la puerta abierta, se puso de cuatro patas y entró rugiendo como si fuera un oso. Pero se había equivocado de puerta, y en vez de los niños encontró a un grupo de mujeres que se habían reunido para tratar de reformas sociales. Ante el estupor de las señoras al ver al serio profesor de cuatro patas, se puso de pie y echó a correr.

También Carrol, a cuestas con sus problemas personales, trató de huir de la realidad y fue también un buen conservador que no deseó nunca que esta realidad de la cual huía cambiara.

Pocos leen hoy a Peter Pan y pocos también son los que leen la historia de Alicia..., aunque el mundo de Alicia se haya puesto de nuevo de moda con la revalorización de las conquistas del surrealismo. Pero el terror a la madurez se expresa idéntico, aunque en otro lenguaje: con la abundancia de los objetos-juego, con el cultivo de la incoherencia, con la adhesión al ritmo-gemido, del cual es un magnífico ejemplo el éxito de **Mamy blue**. Y lo cierto es que nuestra juventud no encontrará ninguna dificultad en remedar al célebre Peter Pan, el niño que no quiso crecer. El niño fósil no va a ofrecer jamás ningún problema. ■

